

RECENSIONES

Tic-tac-tic-tac (Versos contra el reloj),
de Rafael González Castell (Badajoz,
sin fecha).

González Castell es poeta de no muy amplia producción, pero que ha pasado a figurar ya en varias antologías, y muy mercedadamente. Cuando uno se enfrenta con el leve tomito en que ha recogido estos sus «versos contra el reloj», y nada más que comenzada la lectura, se sorprende de que pueda hacerse una poesía tan caprichosa, tan libre de todo canon, tan anárquica, y que, sin embargo, no sea eso que se llama ahora poesía nueva, o, mejor aún, poesía novísima. Esa que, hagamos profesión de fe una vez más, no comprendemos. Y no es que estemos aferrados a una forma tradicional porque sí, por capricho o por cerrazón mental. Nos hemos quejado antes de esa otra poesía que tal vez estén algunos sospechando que defendemos. Esa poesía ramplona, llena de ripios y sin más méritos que el «chin chin» de sus versos terminados en «on», «ado» o «ía». La música pudiera engañarnos, pudo engañarnos alguna vez, pero luego aprendimos que el mérito de los versos no estaba en las puntas, sino en medio de ellos, y que la poesía que tengan ha de nacer prescindiendo, precisamente, de sus extremos de la parte derecha. Hemos de admitir que la poesía, como todo, evoluciona. Hemos de admitir nueva adjetivación en ella, distintas imágenes, más atrevidas metáforas. Pero, todo ello, obliga a prescindir de una forma clásica, que no ha sido creada voluntariamente, para tormento de los poetas que

no encuentran consonantes, sino que precisamente comenzó a distinguirse cuando comenzó a tener esa forma, y algo más lejos que anteayer?

Pero no nos enredemos. No abusemos del espacio para hablar de charadas puestas en renglones cortos. Vayamos al libro y digamos que, encontrándolo caprichoso,

sus composiciones en las que se entremezcla cierta irreprimible tristeza y cierto incontenible humor, algo de escepticismo y mucho de cariñosa bondad, van apoderándose de nosotros, con ese poder de captación de lo sencillo, y, si no fuese recia la resistencia a la imitación, dan ganas de apartarlo a un lado y comenzar a hacer versos así como estos están hechos: al degaître, como sin concederles importancia. ¡Qué lejos esto de las masturbaciones cerebrales que impiden llegar al fondo de lo que dicen que es poesía!

Hay cuatro versos sentenciosos, profundos, axiomáticos, y seguidamente una pirueta. ¿Y ello no es extraño? Pues... no; no es extraño porque, ciertamente, es así la vida, cuando se ve con ojos de objetiva imparcialidad. Y si la vida, tal como es, tiene poesía, y ésta la mezcla con la prosa, en separar una y otra está, muchas veces, el mérito del poeta. Mérito que, plena y totalmente, hay que conceder al autor de este *Tic-tac-tic-tac* tan caprichosamente bautizado.

Vida andariega, por Ricardo de Val (Ediciones Rumbos, Madrid, 1950).

No es, como pudiera creerse por el título, *Vida andariega* un libro de viajes,

"Alcántara"

desea a todos sus
suscriptores y lectores
muchas prosperidades
y alegrías en
el año

1952

si para poder calificarle como tal nos atemos a que el autor fuese «en ruta» y, al par, estampando sus impresiones en las cuartillas. Es, sí, un viaje sentimental, de recuerdos, un viaje hecho a lo largo de una vida, y meditando sobre el cual se han trazado las páginas del libro, en consulta con las sensaciones que dejó grabadas en el espíritu. Así, por ellas—o ellas, mejor, por los sitios—pasan Aragón, la Mancha, Levante, Cataluña... y muchas figuras históricas, del arte o de las letras. O del toreo. O truhanes andariegos.

En una prosa llana, sencilla, casi lírica, pero sin arrequivés ni florituras, sino directa, entre Azorín y Miró, para los que hay muchas alusiones y de los que hay muchos recuerdos.

Ricardo de Val, con el mismo apellido de aquel Luis que fué el encanto—ídolo y leyenda—de una generación ya ida, pero a la que aún muchos vivos pertenecen, y con el que se entrevistó en sus comienzos, ha recorrido, por motivos que no dice, gran parte de España, y de allí donde estuvo nos trae noticia o recuerdo, siempre un poco nostálgico, porque habla de cosas, más que de «sus» cosas, que ya tienen cierto aire romántico o añorante. Y no son, ésta es la verdad, más de treinta años. Compruébase aquí cómo el tiempo se va más de prisa que lo que pensamos, y cómo muchos nombres que fueron no hace sino unos años populares comienzan a sonarnos con cierto eco lejano. Buena lección para los que, por escuchar dos aplausos seguidos, ya se creen en la cima de la gloria. ¡Cuán pasajero es todo en la vida, pero más en la vida del arte!

No hay nada nuevo, pues, en esta *Vida andariega*, pero se lee con deleite y sin cansancio, más bien con placer, porque los hechos, los recuerdos y los comentarios son los que todos nos hacemos cuando nos ponemos a recordar.

Biografías, por *Enrique Segura* (Badajoz, 1951).

El género biográfico atrae no sólo al lector, porque en él encuentra, al par que la fantasía de la obra novelesca, el interés por saber que el protagonista tuvo vida y calor humano, sino también al escritor que, al recrearse, con cariño, en evocar las andanzas de un hombre que fué, le sirve de motivo para trazar un cuadro más o menos histórico, de ambientación y fondo para las andanzas de su personaje.

No es de extrañar, pues, que por do-

quiera salgan biógrafos, siquiera los haya de o para diferentes clasificaciones: históricos, desmenuzando y puntualizando fechas; novelescos, ateniéndose más a las andanzas inconcretas que bordean la leyenda, y los que pudiéramos llamar entrañables, o sea aquellos que no han necesitado ni rebuscar en archivos ni echar su fantasía a volar porque las vidas de que hablan hayan corrido parejas a las suyas o su noticia les venga de la fuente directa de una generación anterior.

Entre éstos, al menos en cuanto se refiere al libro que comentamos, hay que incluir a Enrique Segura, que ha trazado tres biografías en un reducido tomito—115 páginas en octavo—de otros tantos escritores, a dos de los cuales, López Prudencio y Francisco Valdés, trató y tuvo por compañeros.

¿Pero son, en realidad, biografías éstas que el señor Segura nos presenta, o son, más bien, recuerdos, memoranzas e, incluso, un mucho de autobiografía? No ha podido el autor, puesto que de sus días habla, de sus trabajos y de sus atanes, de sus excursiones y de sus viajes con aquellos sus biografiados, orillar lo que habla de su propia vida. Memorias, más que biografías, porque la biografía, si ha de tener eco y calidad de permanencia, ha de tener también su perspectiva histórica. No sabemos nunca, hasta que no ha pasado mucho tiempo, cuáles son los actos, las palabras, los pensamientos o las acciones de los hombres que merecen pasar a la Historia.

Tal vez la idea de Enrique Segura no ha sido la de sentar esos cimientos de perennidad, puesto que ha prescindido de la anécdota y sacrificado la extensión, pero por eso mismo sus tres bocetos tienen mayor intimidad, más recóndita emoción, y hay en ellos como un titilar de lágrimas al evocar momentos de su juventud junto a aquellos que, entiende—y entendemos—debieron volar por ámbitos nacionales y, sin embargo, por cariño, nunca exceso porque no puede haber exceso en el amor, a su tierra quedaron encerrados en los límites provincianos, a los que quisieron retraerse, voluntariamente, luego de sus asomadas, más o menos largas, al ambiente literario de Madrid, diana hacia la que apuntan sus flechas cuantos, empujados por una inquietud espiritual, cultivan arte o literatura.

Nos parece, pues, muy acertada la idea de haber dado a la estampa estas reducidas biografías, porque de esta forma no se perderán, aunque así lo hubieren que-

rido ellos, a juzgar por su retraimiento provinciano, las aportaciones que esas tres figuras de las letras extremeñas hicieron a la literatura española.

El lobo negro, novela, por *Carlos Callejo* (Editorial Alhambra, Madrid, 1951).

Al enfrentarse el que estas líneas firma, por primera vez en su labor crítica, con una novela policíaca, cree su deber hacer algunas consideraciones que estima oportunas.

El crítico, por ingratitud de su tarea, está muchas veces de mal humor, fácilmente comprensible que justo si se considera que cada cual, cuando lee, procura leer aquello que le gusta, abandonando su tarea cuando ha equivocado el volumen al tender la mano hacia el estante donde sus libros se depositan. Esta delicia no puede saborearla quien contempla que ante su mesa se amontonan libros de muy diferente carácter y para muy diferentes gustos. Esto puede producir cansancio y, naturalmente, desgana. La desgana puede traer como consecuencia una acritud al juzgar, y de aquí la razón de que muchos autores trinen contra los críticos porque no tienen unas cuantas frases amables para ellos. Pero dado que el crítico no está para decir lo que le gusta o le disgusta, ni para señalar preferencias y resaltar discrepancias, y su labor, desde el momento en que habla no por sí, sino por y para los que buscan la publicación que le confía los juicios, ha de procurar ser objetivo y tener mucho cuidado en no exteriorizar aquel mal humor que a los críticos se atribuye y que, reconocido queda, en muchas ocasiones tienen.

Pero no todo ha de ser ingrata tarea. Alguna vez el correo trae un libro al que nos aferramos con gusto porque su carácter nos agrada. Reprobable esto desde el punto de vista de nuestros censores—también el crítico tiene, a su vez, quien hable mal de él—, porque pensarán que si la tarea nos es grata estaremos predispuestos a la benevolencia. Puede que ello sea así. Aceptemos polémicamente el reproche y concedamos ese margen a nuestros enemigos, si es que enemigos no les parece a ustedes una palabra demasiado fuerte para esta intrascendencia de nuestra labor.

Pero quiero decir algo más. Luego de haber dejado adivinar que este género policíaco me gusta, porque me entretiene y me interesa sin obligarme a arrugar el entrecejo, quiero hacer alguna aclaración

conveniente desde que se me ha llamado la atención sobre ello.

Estoy purgado de toda vanidad. El considerar mi pobre labor ajena a todo mérito, y el querer ser breve cuando puedo, me obligan a sintetizar tanto, que firmo, lo habrán ustedes notado, muchas veces con mis iniciales. Y esta es la aclaración que quería hacer. Creo recordar que en el número de Julio hube de ocuparme de otro libro de Carlos Callejo, cuya es la novela de que hablaré después. Firmé sólo C. C., sin reparar en que estas iniciales correspondían exactamente con las del autor del libro. Alguien debió entender que el autor se había a sí mismo criticado, y aunque este *quid pro quo* no me obligó posteriormente a firmar de otro modo que con las iniciales, quiero dejar bien sentado que uno era el autor y otro el crítico, que muy bien hubiera querido ser autor.

Pero aun otra cosa. La novela—esta novela *El lobo negro*—no está recientemente publicada. Tiene ya sus, tal vez, buenos siete u ocho meses. Quiere decirse que el autor no se apresuró a enviarla para que hablasen de él. Y se comprenderá fácilmente que sea así por cuanto ya dejo dicho que su lectura, por placer, hubiese sido atacada en seguida, y en seguida, claro está, hablado de ella, por placer, por obligación y por alguna cosa más.

El autor—creo no cometer indiscreción alguna, y si esto lo es caiga sobre mi todo el enojo que ello pueda producir—, el autor, decía, se ha resistido a enviarla a la crítica porque, modestamente, la consideraba de «inferior literatura».

Yo no compartía esta opinión. Yo opino que, sea del género que sea, si una obra está bien escrita su literatura es superior siempre. Y creí que lo que Callejo quería decir era que, estando tan desprestigiada esta clase de literatura por traductores malos y escritores a sueldo, y sobre la que caen anatemas—juntamente con el cine—cada vez que un muchachuelo comete una felonía que la sociedad repugna, se avergonzaba de ella. Pero supe respetar sus escrúpulos. Y ha sido luego, pasado el tiempo, y ya de una manera particular, cuando, como un «turrón de Navidad», me ha enviado el libro.

Aparte de agradecerse particularmente, lo que ya hice, considero un deber, no de amistad, sino de crítico, hablar de él aquí. No por hacerle un favor a Callejo, que yo creo que no se lo hago, puesto que él no quiso que de esto se hablara,

sino porque estimo que hay que hablar de cuanto sale y al lector pueda interesar. Pues yo, por encima de mi amistad, he puesto mi obligación y mi obligación consiste en leer un libro y hablar de él en tanto no se me releva de este servicio. Y vamos, con el permiso de ustedes, a la novela.

Es la número quince de la Colección Estelar de la editorial ya citada, y es el de Carlos Callejo el primer nombre español que hay en el catálogo. Ello ya dice algo. Una editorial de publicaciones periódicas no se arriesga si no tiene una garantía, ni incluye un nombre español entre extranjeros si no está a su misma altura. U obliga, «para dar el timo», a firmar con nombre de «allende las fronteras».

Yo cesaría aquí de buena gana, para no ofender esa modestia que adiviné. Pero voy a escribir unas palabras más para decir que la novela tiene esa prosa castiza, tajante y culta, que ya conocen los lectores de esta revista. Que tiene muchas frases de un aticismo muy español, y que, desde el primer capítulo, en que ya se nos ofrece una muerte—de donde parte la aventura del personaje central—el interés va en progresión creciente, lo que hace que las páginas, más que leerlas, se devoren.

Y deseche Callejo su inquietud. La literatura, cuando es buena, lo es en cualquier género. Por lo demás... muchos graves señores, que dicen aborrecer esta literatura, la adoran también. Sólo que, para disimular, la leen en inglés.

Y, ahora sí, voy a firmar para que no haya lugar a dudas.

Triunfa el amor, novela, por *Nazario S. López «Nazarite»* (Pamplona, 1951).

Comencemos confesando un error: el de haber leído prólogo y epílogo de esta novela, de plumas distintas a la del que da nombre a ella. Pero ¿qué hacer, si el tomito, en su total, no tiene más que treinta y siete páginas, y la novela en sí no está más que formada por veinte de ellas? Y nuestro error consiste en haber leído esas que son de presentación y elogio del autor, por cuanto el contenido del tomito no responde a las esperanzas que sobre él se nos hace concebir. Es, tal vez, el más sincero el autor mismo en su prólogo, que también lo ha puesto, al confesar que la novela ha sido escrita en sólo quince días (tampoco es trabajar mucho, ha-

bremos de decir, dada su poca extensión), como sin darle importancia.

Si hemos de juzgarla desde este punto de vista, será preciso tener la indulgencia que el escaso tiempo y la primera producción de este tipo merecen. Pero si hemos de juzgarla desde allí donde los señores que le sirven de escolta nos sitúan...

Tiene el breve tomito, sí, en su prosa belleza y rotundidad, quizá éstas sus únicas cualidades. Porque en lo demás falla. En la leve anécdota, en la infantil construcción, en las endebles ilustraciones líricas, en los diálogos, convencionales por faltos de espontaneidad. Puede ocurrir, ocurre todos los días en la vida lo que en la novela ocurre, pero ésta ha sido escrita no mirando a la vida sino mirando a los libros. Y es esto lo peor que a un escritor le puede suceder. No hay eco de humanidad, sino de papel amarillento de cualquier tomo olvidado en un estante. Cosa de que «Nazarite», ya con varios títulos dados a la estampa, debe corregirse.

Y valga esta sinceridad, que no es acritud, como consejo noble que, a la larga, y cuando se le pase el escozor de estas líneas, el autor habrá de agradecerlos.

No es escuchando a los que nos halagan por amistad, por comodidad o por compromiso, como hemos de escribir, sino apreciando por nosotros mismos lo que hacemos y, cuando no queramos o no sepamos, oyendo a quienes nos señalan errores no advertidos para no caer en ellos en otra ocasión.

Así, por lo menos, nos agradecería que se entendiesen estas líneas.

San Agustín, por *V. Capánaga* (Barcelona, 1951).

La ya amplia bibliografía agustiniana ha venido a enriquecerse con el tomo XI de los *Clásicos Labor*, meritoria colección destinada a facilitar el acceso a la obra de los grandes escritores de la antigüedad, haciéndolos más comprensibles previo el estudio de su personalidad mediante una pequeña biografía o semblanza del autor, que le sitúa en su época de forma amena y exacta.

Se hace luego una selección de textos o fragmentos precedidos de una sucinta explicación y, por último, se recoge una breve noticia en la que se estudia la influencia del autor en la posteridad y en las letras españolas, de ser extranjero, o de su aportación a la literatura universal si es español.

Atendiendo a este plan de trabajo, Ca-

pánaga ha estudiado la obra de San Agustín profundamente, no omitiendo las correspondientes apostillas a las múltiples facetas que presentó el que fuese, luego de su conversión, obispo de Hipona: teólogo, metafísico, polemista, ensayista, capitán de los ejércitos de Dios, hombre del agora... que a los diecinueve años se da a buscar la verdad como consecuencia de la lectura del diálogo de Cicerón *Hortensius*, escrito en loor de la elocuencia y de la filosofía, despertándole un ansia de saber que alcanza pujanza y claridad con la lectura de los libros platónicos.

Quien, luego de una primera época de «dolores, confusiones y errores», da el gran viraje hacia Dios, recibiendo a los treinta y siete años la consagración sacerdotal y llegando, cuatro más tarde, a ser obispo auxiliar de Valerio, al que luego sucede.

En su estudio preliminar, Capánaga, que ya en otras ocasiones se ha ocupado del santo como escritor, ofrece mayor fuerza a su exposición con citas de Papiñi, el cardenal Gomá, Merejkowski, Mausebach, De Capua, Landsberg, etc., y en la selección hecha nos lo presenta escribiendo sobre música, pedagogía, antropología, soteriología católica, estudiándolo en sus tres tipos de estilo, y dándonos fragmentos de las «Confesiones», de los «Sermones», de «La Ciudad de Dios», muchas definiciones, sentencias y frases célebres del santo, y su influencia en la cultura española, bien patente a través de los escritos de Pablo Orosio, San Isidoro, Samuel Tajón, Beato de Liébana, San Ildefonso y San Julián de Toledo, el abad Sansón, Raimundo Lulio, San Juan de la Cruz, Alonso Rodríguez y Ribadeneyra, Luis Vives, Donoso Cortés, Jaime Balmes y otros teólogos y místicos, de entre los que hay que destacar a Calderón de la Barca, que compuso el *Sacro Parnaso* para celebrar la conversión agustiniana, y el triunfo de la Eucaristía.

Se trata, pues, de una obra acabada, más por lo densa que por lo extensa, que ha de cumplir a buen seguro, el propósito para que fué hecha.

CÁSTULO CARRASCO

El problema del mal, por *Arsenio Pacios López* (Separata de la revista «Arbor», núm. 71, Noviembre 1951).

He aquí un estudio en el que, pese a su brevedad, se acomete «un problema de todos los tiempos, tan antiguo como el

hombre»: el problema del mal, que actualmente se deja sentir sobremanera.

El Dr. don Arsenio Pacios—joven catadrático del Instituto de Enseñanza Media de Cáceres, colaborador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y conocido publicista—, se enfrenta con valentía con «el problema del mal», y en el núm. 71, correspondiente al pasado mes de Noviembre, de «Arbor»—revista general de investigación y cultura que, como es notorio, goza de bien merecido prestigio en España y allende las fronteras—nos brinda sus acertadas consideraciones y reflexiones; formula una ojeada general a través del curso de los tiempos, de la teodicea y de la filosofía; cita a Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, nuestros místicos por antonomasia, como excelsos apreciadores del valor del mal y con criterio propio, «per se» afronta resueltamente susodicho problema, sosteniendo «que sólo puede ser resuelto partiendo de una concepción exhaustiva de la realidad humana, fuera de la pura y exclusiva filosofía». Conocedor profundo de los límites de la ciencia filosófica, concreta que ésta es incapaz de «resolverlo y explicarlo todo; y mucho menos de ponerle remedio».

El profesor Pacios tiene el don de la claridad, conforme puede apreciarse en su producción y en el trabajo que comentamos, aun tratando de cuestiones como la consignada.

Digamos, también, que *El problema del mal* ha merecido unánimes elogios de reconocidas autoridades en el campo del Pensamiento, entre los que mencionamos al señor García Hoz.

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS

NOTA

Se advierte a los señores suscritores de «ALCÁNTARA» que deseen coleccionar nuestra revista, que con el número doble, correspondiente a Enero-Febrero del año en curso, irán los Índices de Autores, Materias y Láminas de 1951.